

CAPITULO XXXIX.

Evita Cortés la celada que le tendían los mejicanos al pasar las sierras de Chalco.—Llegan los españoles á Méjico.—Motezuma sale á recibirlos.—Recibe Cortés grandes distinciones de parte del Emperador.—Entrada de los españoles en la capital.

El desenlace que tuvo la conspiración de Cholula hizo comprender á los mejicanos que necesitaban recurrir á otros medios que los empleados hasta entonces, para vencer á aquel puñado de hombres, que se hacían obedecer de las fieras á su voluntad y que manejaban el rayo para herir á sus enemigos.

Así fue que Motezuma envió nueva embajada al objeto de sincerarse con los españoles, felicitando á Cortés por la victoria que obtuviera sobre aquellos que no habían hecho más que obedecer sus órdenes.

Portadora fue esta embajada de un nuevo regalo, por el cual trataba el Emperador de desvanecer las sospechas que hubieran podido concebirse respecto á su doblez, con objeto, sin duda, según después pudo colegirse, de atraerles á otra nueva emboscada.

Felizmente, como que existían muchos caciques descontentos en el imperio, y como á varios de estos pertenecían las comarcas por que atravesaban los españoles, y el comportamiento y los hechos de estos formaban un contraste tan marcado con las violencias de su gobierno, Cortés iba adquiriendo amigos por las comarcas que cruzaba, y estas amistades le sirvieron de mucho para evitar los lazos que se le tendían.

Uno de los caciques de Guajocingo fue quien precisamente le descubrió la nueva intentona de los mejicanos para destruirle.

El terreno que habían de atravesar era bastante quebrado, y los mejicanos cegaron el camino real que bajaba desde la cumbre de la montaña hasta penetrar en la provincia de Chalco, abriendo uno nuevo por lo más áspero y quebrado de ella, donde tenían emboscado gran golpe de gente para caer sobre ellos en aquel sitio donde no se podrían mover.

Sabedor Cortés de esto, apenas llegó al lugar indicado, ordenó que se desembarazasen todos los obstáculos que se habían aglomerado en el camino real, y prosiguió su marcha en medio de la estupefacción de los embajadores mejicanos, que no acertaban á comprender, qué clase de hombres eran aquellos, para quienes nada había oculto.

No se desanimó tampoco por este contratiempo Motezuma, que trató de oponer cuantos obstáculos estaban á su alcance para impedir la llegada de los extranjeros á su corte, incluso el de que sus magos y agoreros invocasen á los espíritus, para con su ayuda rechazar á los españoles.

Pero estos continuaron su marcha, á pesar de todo, y llegando á las cercanías de Méjico, presentóse en los reales españoles lucida embajada, en la cual iba el señor de Tezucó, sobrino del mismo Emperador, á quien acompañaba una porción de magnates.

Todas las embajadas que había recibido Cortés fueron portadoras de cuantiosos regalos, los que unidos á los presentes que recibiera de los caciques, y á los cambios que había hecho con los indígenas, prodijole gran cantidad de oro, sin que las provisiones le faltasen un momento.

Una vez en las cercanías de Méjico, en aquel pintoresco país surcado de lagos, en medio de los cuales se alzaban una porción de poblaciones, entre las que descollaba, como es consiguiente, la capital, recibió Cortés la noticia de que el Emperador en persona iba á recibirle.

En virtud de semejante aviso, ordenó el General español que estuviese la hueste apercebida, y poco después, comenzaron á aparecer los nobles de la familia del Monarca, tras los cuales y en medio de su brillante séquito, apareció Motezuma.

Según describe Solís, iba «sobre hombros de sus favoritos en andas de oro bruñido, que brillaba con proporción entre diferentes labores de pluma sobrepujadas, cuya primorosa distribución procuraba oscurecer la riqueza con el artificio.

«Seguían el paso de las andas cuatro personajes de gran suposición, que le llevaban debajo de un pábulo hecho con plumas verdes entretrejidas, y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería, y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el Rey para que se humillasen todos y no se atreviesen á mirarle, desacato que se castigaba como sacrilegio.»

Fácilmente se comprende, qué efecto podría producir tan brillante y suntuosa comitiva entre los soldados españoles, y cuánto no ganarían estos en el concepto de sus auxiliares los tascaltecas que iban en el ejército, al ver que hasta el mismo Emperador salía á recibirlos.

Cortés, apenas estuvo cerca de las andas en que iba Motezuma, apeóse del caballo al mismo tiempo que aquel descendía de su trono, y ambos se encontraron frente á frente.

Según los historiadores que tenemos á la vista, era el Emperador de buena presencia, su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios, el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos y el semblante majestuoso, con algo de intención.

El traje que vestía era tan rico como pintoresco, demostrando en las prendas de que constaba la calidad de quien le llevaba.

Consistía en una especie de túnica de algodón, con un manto de la misma clase anudado sobre los hombros, y del cual llevaba arrastrando una buena parte. El gran número de piedras preciosas y las láminas de oro que sobre sí llevaba, como dice bien Solís, servíanle más al peso que al adorno; en la cabeza llevaba una especie de mitra de oro ligero, puntiaguda por delante y redonda por detrás, adornada con plumas de colores delicados; el calzado consistía en unas suelas de oro macizo, sostenidas con correas tachonadas de igual materia, las cuales subían cruzadas hasta unirse en la pierna.

El saludo que hizo Motezuma á Cortés llamó extraordinariamente la atención, puesto que usó tanta reverencia respecto á unos extranjeros cuando apenas inclinaba la cerviz ante los dioses, era uno de aquellos acontecimientos, que como el de salir á recibir á sus huéspedes, no podían comprender sus súbditos.

Tan luego estuvieron lo bastante cerca, Cortés se quitó su collar que sobre sus armas llevaba, collar formado de cuentas de cristal de varios colores imitando pedrería, y lo puso sobre los hombros del Emperador, que agradeció extraordinariamente el agasajo, regalando á su vez á Cortés otro de conchas y oro de inestimable valor, el cual se lo puso él mismo al cuello sin cuidarse del asombro que semejante proceder excitaba en sus vasallos.

Los discursos de uno y otro fueron breves, según el caso requiera, y hecho esto, dejó Motezuma encargado á uno de los príncipes sus parientes que acompañase á los españoles al alojamiento que les estaba preparado, regresando á la capital.

Cortés y su corta pero valerosa hueste, dirigiéronse entonces hácia Méjico, haciendo su entrada en la ciudad el día 8 de noviembre de 1519, próximamente al año de haber salido de Cuba.

Portentosa era la empresa que había realizado Hernán Cortés, no sabiendo qué admirar más en ella, si el valor y la constancia que supo infundir en sus soldados, ó la habilidad y tacto político, merced á los cuales consiguió captarse las simpatías de aquellos caciques y la amistad de los zempoales y tascaltecas, que tan útil le fue mas adelante.

Grandes peligros había arrostrado el valeroso caudillo desde que desembarcó en el suelo mejicano, pero todavía le quedaban otros muchos no menos grandes en que había de ponerse á prueba cien veces su energía, su valor y su astucia, y de los cuales nos ocuparemos con toda la amplitud que una historia general como la nuestra permite.

El alojamiento destinado á los españoles era un magnífico palacio que por su grandeza y suntuosidad, competía con la régia morada, habiendo varios departamentos para los jefes, en los que se advertía el mayor primor y elegancia en el adorno.

Todo el ejército pudo alojarse en él perfectamente, sirviéndole para la defensa en caso necesario algunos torreones y el grueso excesivo de sus paredes.

Apenas hubieron restaurado capitanes y soldados las perdidas fuerzas, merced al banquete que dispuesto les estaba ya en el palacio, recibió Cortés aviso de que Motezuma iba á pasar á visitarle en su alojamiento, con lo cual preparóse á recibirle saliendo al patio principal.

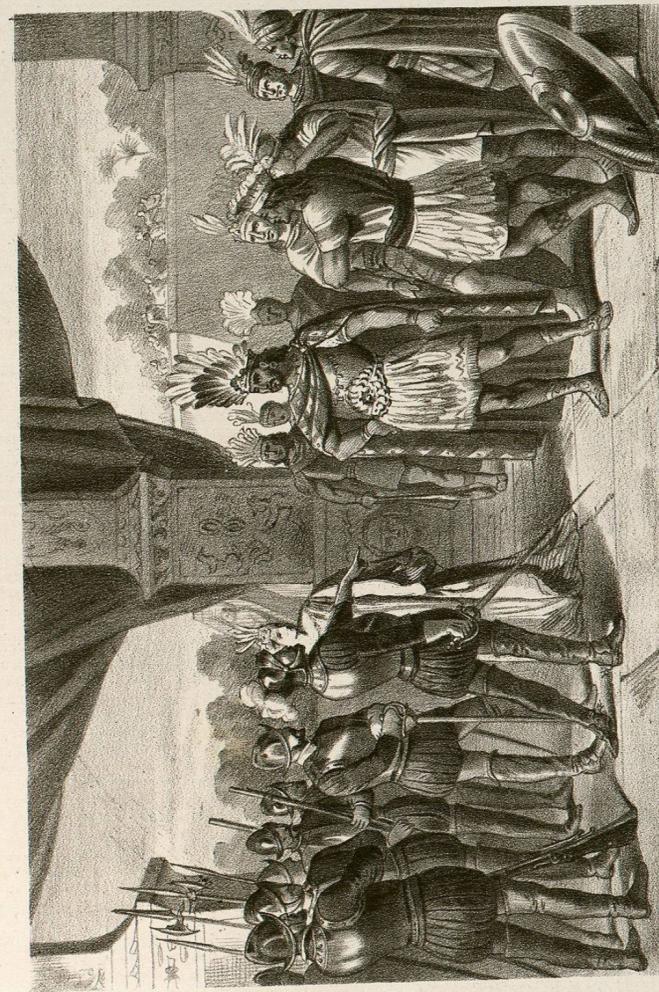
Con el mismo séquito que por la mañana fue á recibir al ejército español, presentóse por la tarde á visitar á su caudillo, y una vez sentado ordenó que Cortés hiciese lo mismo, y que se apartaran sus magnates, así como el caudillo hispano ordenó lo mismo á sus oficiales.

Entonces y por medio de los intérpretes, que como ya sabemos, eran la india Marina y Aguilar, dijo el Emperador que debían darse al olvido cuantas especies hubiera propalado el vulgo, tanto en las intenciones y en el sobrenatural poder que suponían en los extranjeros, cuanto en las asechanzas que pudieran haber dicho á Cortés le tendía Motezuma.

Explicóle también á su manera, y tal como él lo comprendía, el poder que ejercían sobre los caballos y el uso y las causas de las armas de fuego, terminando su discurso, diciéndole, que se le trataría con toda la consideración que merecía, por venir de un país donde, según sus tradiciones, residía su antepasado Quezalcoatl, quien les había anunciado que algún día enviaría gentes suyas para poner en orden sus estados.

A este discurso contestó Cortés que efectivamente habían llegado á sus oídos diferentes quejas respecto á su gobierno, pero que ellos acostumbraban á juzgar más bien por lo que veían que por lo que les dijese; que iban enviados por un monarca muy poderoso para celebrar tratados de comercio beneficiosos para ambos países; que eran mortales como ellos, y que llevaban además la misión de hacerles, por medio de la persuasión y de la verdad, que abandonasen el culto de sus falsos dioses para adorar al único Dios verdadero, eterno principio de todas las cosas.

Esta última parte escuchóla Motezuma con indiferencia, diciendo que todos los dioses eran buenos, y que no obstaba que el de los españoles fuese todo cuanto decía, para que los suyos fuesen buenos también, y haciéndole algunos regalos de gran valor, abandonó el alojamiento de Cortés.



PRISION DE MOTEZUMA.

CAPITULO XL.

Devuelve Cortés su visita al Emperador.—Muere el capitán que quedó en Vera Cruz en una refriega con los mejicanos mandados por Qualpopoca.—Disgusto que semejante hecho produjo en los españoles.—Acuérdase y se lleva á cabo la prision de Motezuma.—Sorpresa de los mejicanos.—Suplicio de Qualpopoca.

Con igual ceremonia, con no menos aparato devolvió Cortés su visita al Emperador, repitiéndose durante muchos días estas entrevistas, siendo grandemente festejados los españoles por los mejicanos, y escuchando estos á su vez las maravillas que aquellos contaban de su país.

En todas las entrevistas de Cortés y sus oficiales con Motezuma, este no habia escaseado las dádivas, segun la calidad de las personas á quienes se las hacia, al objeto de tenerlas propicias, esmerándose todos los magnates de la corte en festejarle tambien, siguiendo el ejemplo de su señor.

Semejante estado de cosas vino á enturbiarse con la llegada de dos tlascatecas, que por distintos caminos y adoptando toda clase de precauciones, llegaron á Méjico enviados por el Ayuntamiento de la Vera Cruz, con avisos y advertencias verbales y con cartas para Cortés.

La lectura de estas llenó de cólera y de sentimiento el corazón del valeroso caudillo.

En ellas se le comunicaba la muerte de Juan de Escalante, gobernador que quedara en aquel punto, muerte ocurrida por lo siguiente:

Llegó á noticias de aquel que un general mejicano, llamado Qualpopoca, al frente de unos cuatro mil soldados, estaba cometiendo todo género de exacciones en territorios pertenecientes á unas tribus aliadas de los españoles y á quienes estos habian ofrecido su proteccion, á consecuencia de no haber satisfecho los impuestos que se les exigian por el Emperador.

Acudieron los tomatques, que tal denominacion tenian los aliados del caudillo español, á quejarse á Escalante pidiéndole su ayuda, y este envió al general mejicano un mensaje, diciéndole que suspendiese todos los pasos que estaba dando, hasta que supiese la resolucion que tomaba el Emperador, en vista de los reclamaciones que habia de hacerle Cortés.

Qualpopoca contestó con sobrada altanería retando á los españoles, por lo cual Escalante, reuniendo hasta dos mil indios auxiliares, dejando en Vera Cruz una reducida guarnicion, salió en busca de los mejicanos, con el resto de su gente.

La victoria quedó por los españoles, pero á costa de la vida de su jefe y de otros seis soldados, quedando prisionero otro español, llamado Argüello, á quien los mejicanos sacrificaron á sus falsas deidades.

Fácilmente se puede comprender el efecto que semejantes noticias producirian en el ánimo de Cortés.

La conducta de Qualpopoca, le demostraba que no era hija de un hecho aislado, sino que parecia acusar algun plan preconcebido, que quizás dentro de poco se demostraría de un modo mas ostensible en contra de ellos mismos.

Comenzó á informarse por medio de algunos de los indios que le acompañaban, y por las frases que estos le dijeron haber escuchado á los mejicanos y por otros síntomas que advirtieron, pudo Cortés convencerse de que algo se tramaba que no habia de serles beneficioso.

Reunió á sus capitanes, y tras largo consejo adoptó una resolucion sumamente arriesgada, y que parece increíble pudiera llevarse á cabo, dados los elementos con que contaban los españoles, con la felicidad que se verificó.

Quedó acordado prender á Motezuma en medio de su corte y llevarlo al alojamiento de los españoles, para tener un rehen de tanta importancia en su poder.

Bien ajeno se hallaba el mejicano de lo que acababan de decidir los españoles, porque quizás ignoraba lo que Qualpopoca hiciera, y porque nadie habia podido sorprender á los mensajeros que habian llegado de Vera Cruz.

Hernán Cortés tomó sus medidas, dispuso sus tropas para si llegaba el caso necesario, y seguido de algunos capitanes y hasta de unos treinta soldados, se encaminó al régio edificio, habitado por el Emperador.

Sorprendido y desconcertado quedó este al darle parte Cortés de las noticias que tenia, y mucho mas al manifestarle con la entereza que le era peculiar, la resolucion que habia formado de llevarse á su alojamiento.

Rechazó durante algun tiempo semejante propósito, hasta que perdida la paciencia por alguno de los oficiales que acompañaban al audaz caudillo, hubo de demostrar en su ademán y en sus frases su enojo, lo cual llamó la atencion de Motezuma, que pidió á la india Marina le tradujera lo que aquel habia dicho y le explicara la idea que se envolvía en ello.

La india aprovechó la ocasion que se le presentaba para aconsejar al Monarca que cediese, pues de no hacerlo así, podria exponerse á mayores males, dada la irritacion y el enojo de los españoles.

En vista de esto, accedió Motezuma á lo que deseaba Cortés, y en medio de la estupefaccion de aquel pueblo numeroso, entre el terror y la indignacion general, el Emperador manifestando que de buen grado se iba con los españoles, abandonó su palacio dirigiéndose al edificio ocupado por aquellos.

Y no se detuvo Cortés una vez lanzado por este camino. Consiguió que Motezuma ordenase la prision de Qualpopoca, y una vez que este se halló en Méjico, le hizo juzgar por un consejo de guerra que le condenó á muerte.

Motezuma decia que se hallaba perfectamente con los españoles, y estos á su vez, dueños de su autoridad y de su tesoro, no le escaseaban las atenciones y las deferencias.

Sin embargo, no obstó esto para que el día de la ejecucion de Qualpopoca, para asegurarse de que el Emperador nada haria para salvar al que no habia hecho mas que obedecer sus órdenes, ordenó que durante aquel acto, el Emperador permaneciese sujeto con grillos en los pies.

Apenas puede concebirse cómo un puñado tan reducido de hombres pudo realizar semejantes hechos en medio de una poblacion tan numerosa y en el centro de un dilatado imperio, y no se sabe qué admirar mas en todo ello, si la audacia y el arrojo de los españoles ó la debilidad y supersticioso temor de Motezuma y de los suyos.

El Emperador creia que sus dioses lo habian dispuesto así, y se resignaba, y á su vez los súbditos, por no incurrir en su enojo, callaban y se reprimian, comprendiendo el inmenso poder de los extranjeros, cuando habian conseguido humillar á un monarca tan altivo como poderoso.

Sin embargo, en su pecho iba cada mejicano guardando la cólera y la ira contra aquellos audaces conquistadores, cólera é ira que el día que estallasen habia de ser terrible.

Y prueba de ello, que al poco tiempo de la ejecucion de Qualpopoca, varios nobles acudidos por el señor de Tezucó, fraguaron una conspiracion para libertar al Emperador exterminando á los que le tenian prisionero; mas no supieron hacerlo tan recatadamente como debian, y llegó á oídos de Motezuma y de Cortés, aun cuando por distintos conductos.

Al primero, supónese que debió ser por medio de otro pariente suyo que habia combatido el propósito de los conjurados; y al segundo, merced al espionaje que tenia establecido entre los mejicanos.

Motezuma, llevando á mal que los suyos hiciesen nada contra los españoles, temeroso tal vez de las consecuencias que de este paso pudieran resultar, fue al encuentro de Cortés, para revelar lo que habia, precisamente cuando este, con el mismo objeto, se dirigia á hablarle.

Preso de órden de Motezuma, Cacumatzin, que así se llamaba el señor de Tezucó, fue encerrado en una de las mas seguras y terribles prisiones del imperio, decidido el Emperador á castigarle con severidad por aquello que consideraba como desacato á su autoridad.

Privó de la soberanía que ejercia sobre el señorío de Tezucó, confiriéndosela á otro de sus parientes á quien aquel habia perseguido, con lo cual todos los conjurados procuraron alcanzar el perdón de su dueño, poniendo por intermediario á Cortés, que les ofreció desde luego su apoyo.

Mas á pesar de cuantas pruebas de afecto daban, tanto los mejicanos como Motezuma á los españoles, deseaba el Emperador, como todos sus vasallos, que aquellos abandonasen sus estados.

Comprendia que en el ánimo de los suyos habia perdido mucho, puesto que habia visto humillada su autoridad por aquel puñado de hombres, y su absoluto dominio habia quedado doblegado ante su poder, y por lo tanto, era preciso poner término á un estado de cosas que podia serle tan perjudicial para el porvenir.

En su consecuencia reunió á sus nobles y á sus ministros, y les manifestó su voluntad de dejar por heredero de su imperio al rey de España, como sucesor del gran Quezalcoatl, reconociéndole vasallaje.

Las palabras del Emperador produjeron penosísima impresion en su auditorio, por mas que aquel las pronunció con cierto acento inspirado, cual si tratara de demostrar que sus dioses se las dictaban, mas, á pesar de aquella impresion, quedó reconocido Carlos como sucesor de aquellos estados.

Indudablemente, y en esto participamos de la opinion de algunos historiadores, creemos que la decision de Motezuma era hija mas bien que de una voluntad firme y decidida, del afán que tenia de verse libre de los españoles.

Creyó con esto conseguir su intento, y para facilitarle mas, entregó á Cortés por via de tributo, cuantiosos regalos en oro, pedrería y telas, á cuyo regalo siguieron en grande escala los presentes de los nobles, con lo cual reunió Cortés un tesoro considerable.

Mas como viese Motezuma que á pesar de esto los españoles iban difiriendo su marcha bajo distintos pretextos, revistióse ya de entereza, y un día manifestó á Cortés que era necesario que se marchase, puesto que habia cumplido su mision.

El caudillo español á su vez le contestó, que estaba dispuesto á hacerlo, pero que era necesario para ello construyese nuevos buques que pudiesen trasportarle á él y á los suyos á sus estados, con lo cual prolongó de una manera indefinida su estancia á la capital.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 23.

MUERTE DE MOTEZUMA.